

ANDRUYA



EL CHIRIMBOLITO

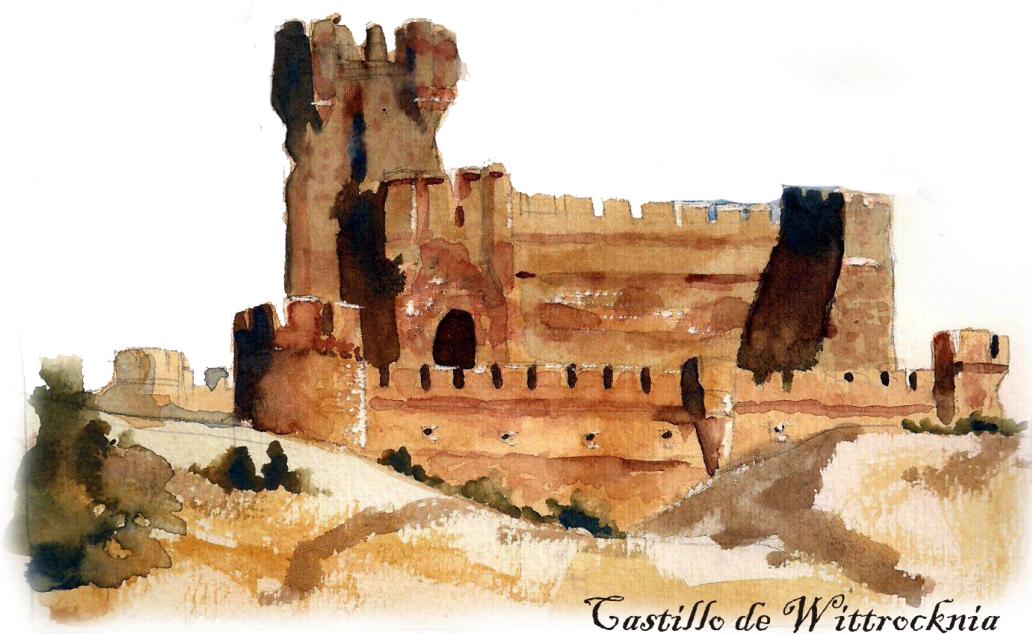


TIERRA MEDIA

EL CHIRIMBOLITO

Había una vez un rey pobre, con un palacio viejo y sin ventanas, que vivía en una colina chata con vista a un pantano maloliente. Tan pobre era el rey que debía servirle a sus sirvientes para poder pagarles la renta, que su ejército en vez de caballos tenía ponis y en vez de soldados, espantapájaros. Para comer tenía que cocinarse y para calentarse por las noches, apenas si tenía una colcha con que abrigarse. En su palacio no había candelabros, puesto los había vendido para construir escuelas. Tampoco tenía mesas ni sillas, porque las había donado a la biblioteca, y con su corona habían comprado cientos de libros. Gervasio “El Pobre” era sin dudas, un gran rey. Todo su pueblo lo amaba porque los niños podían ir a la escuela, leer cuentos y jugar libremente. Y

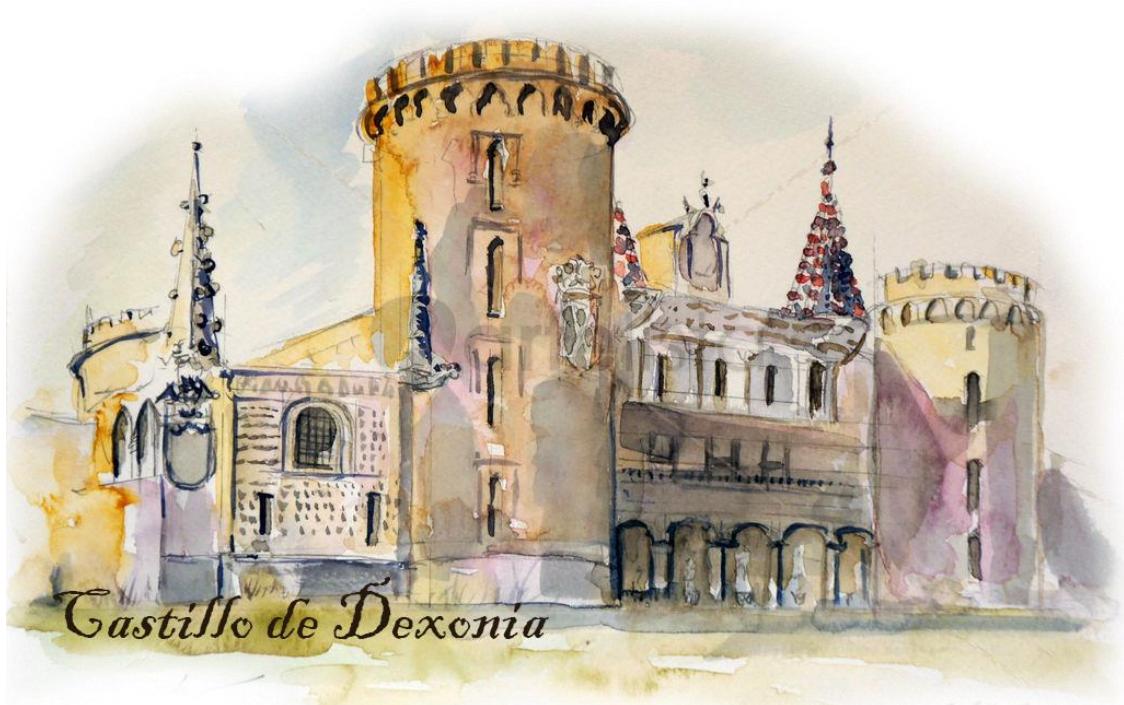
lo mejor de todo era que pasaban mucho tiempo con sus padres, ya que Wittrocknia era un país próspero y los adultos era doctores, ingenieros o prestigiosos poetas. Aunque el país estaba construido en un gran desierto (sin árboles ni ríos en un comienzo), los ingenieros habían construido un enorme acueducto para llevar agua a los invernaderos, donde plantaban frutillas, cerezas, uvas y decenas de plantas riquísimas para alimentarse. Además, como Gervasio no les cobraba impuestos, los aldeanos podían construirse su propia casa en donde quisiesen. El Rey Pobre siempre decía “La tierra es para quién la necesite”.



Castillo de Wittrocknia

Sin embargo, a no todos caía bien este rey. En el país vecino vivía un monarca muy muy rico, que tenía un gran palacio lleno de lujos, con miles de sirvientes: Jean Tartufo Dexión IXX. Era hijo del hijo, del hijo del hijo, del hijo del hijo, del hijo del hijo de Tartufo I quién había gobernado por más de cien años, hasta que murió atragantado cuando intentó comerse una naranja entera. Aunque decían que su palacio estaba bañado en oro, que daba lujosas fiestas y que tenía un enorme ejército con miles de elefantes, el monarca de Dexonia siempre estaba preocupado y envidiaba mucho a su vecino. Es que Dexonia tenía graves problemas: como su palacio era enorme, para mantenerlo tenía que cobrar impuestos altísimos, entonces sus aldeanos eran indigentes y vivían en pequeñas chozas de paja que cada dos por tres se incendiaban. Tan pobres eran sus súbditos que casi no le alcanzaban los impuestos para mantener sus preciosos jardines imperiales, por lo que había cerrado las escuelas (solo daban clases virtuales), y vendido las bibliotecas que a duras penas le alcanzaron para pagar la hermosa fuente de aguas danzantes que

adornaba la entrada al palacio. Por eso, tal vez, es que en Dexonia los hombres eran muy tontos, y no podían tener otro trabajo que no fuera servir al rey Tartufo. Tantas horas trabajaban cocinando, limpiando y puliendo los picaportes del palacio real que apenas si podían ver a sus hijos un ratito, antes de acostarse a dormir. Por eso los niños vivían aburridos, peleándose entre sí, metiéndose el dedo en la nariz e insultando a la gente. Por suerte para todos, Dexonia estaba sobre una tierra muy fértil, en donde tirabas una semilla y crecían bananas por doquier.



El problema empezó, un día, cuando un niño maleducado estuvo tan aburrido, tan cansado de comer bananas, y tan enojado, que comenzó a arrojar cáscaras de banana contra el palacio, al grito de “¡Basta de bananas, queremos milanesas!” a lo que un grupo de gente pronto se le sumó, y cuando quiso acordarse, Tartufo tenía una revuelta amenazando con quemar el palacio ¡con el adentro! Preocupado, llamó a su consejero, un hombre oscuro y de barba larga, para tratar de resolver el problema.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Qué vamos a hacer! — repetía Tartufo, mientras se comía una gran milanesa a la napolitana con huevo y papas fritas.

—¡El pueblo quiere comer! —dijo el consejero, viendo como su majestad se morfaba todo.



El rey Tartufo era tan gordo como una ballena, pero aún más grande que su barriga era su maldad.

- ¡Traigan al ejército! ¡Destruyanlos! —ordenó.
- El General está jugando al golf —contestó su fiel consejero, que vestía una misteriosa túnica negra adornada con hilos de oro—, yo le sugiero otra solución, como darles pan.
- No le pregunté su opinión —replicó el malvado monarca—, busque al General y ordene que aliste a mis elefantes. ¡Quiero que les pasen por arriba!
- No se preocupe, su señoría —dijo el consejero, preocupado—. Enseguida lo haré... pero...
- Nada de peros ¡aplaste a los rebeldes!, —repitió el rey furioso—, que no hay comida para todos. Pero hágalo afuera del palacio. No quiero que se arruine mi jardín.
- Sus deseos son órdenes —asintió el consejero, algo disconforme y salió en búsqueda del General.



Minutos después el ejército marchó sobre la muchedumbre, pero los elefantes estaban tan flacos que sus finas patas no resistieron, y al pasar por encima de las cáscaras de bananas resbalaron y cayeron al foso.

—¡Maldición! ¡Retontos! —gritó Tartufo, que veía todo desde el ventanal de su habitación, mientras degustaba un helado bañado en chocolate— ¿Dónde está mi consejero?

—Aquí estoy su alteza —contestó, emergiendo de las sombras, el hombre de barbas largas—, ¿en qué puedo servirle?



—Su plan no dio resultados —dijo, echándole la culpa—, la gente sigue clamando por milanesas, y ahora piden que sean con queso...

—No se preocupe su alteza, podemos solucionarlo si hacemos lo que nuestro vecino...

—¿Nuestro vecino Gervasio?

—Sí.

—¡Jajaja! —rió el rey, a carcajadas—. ¡Jajaja! Odio a Gervasio, no hace más que presumir de su lindo país. Pero me has dado una idea. —dijo, y saliendo al balcón se preparó para dar un gran discurso—: Estimado pueblo: Los quiero mucho y me encantaría ofrecerles milanesas a todos y todas, pero la culpa es de nuestro país vecino y de su patético rey Gervasio. Son ellos los que no nos venden milanesas. Pero no se preocupen, les prometo que van a tener milanesas para todos, solo tienen que esforzarse y trabajar más, y pronto haremos una guerra para enseñarle a nuestros enemigos que nosotros ¡somos los mejores!



—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó la gente enaltecida—
¡Muerte a Wittrocknia! ¡Viva las milanesas!
¡Viva! ¡Somos los mejores! ¡Viva el rey Tartufo!
¡Viva!

Cuando volvió a entrar al palacio, el consejero lo miró con desaprobación.

—Dijo muchas mentiras.

—No se preocupe —replicó el rey—, son tontos, no saben leer y se creen todo lo que les digo.

—¡Pero nos está enviando a una guerra! ¡Y ni siquiera tenemos para alimentar a los elefantes!

—No hace falta ir a la guerra, con la amenaza es suficiente. Pronto se olvidarán —contestó y ordenó que le trajeran una copa de frutillas con crema, y más champagne para celebrar con sus amigos.



Pero el pueblo no se olvidó. Y poquito a poco todos en Dexonia fueron juntando odio contra Wittrocknia. Armaron lanzas con ramas y látigos con cáscaras de banana. Y marcharon al palacio a pedir por la guerra. Tanto insistieron que Tartufo tuvo que declarar la guerra y comenzaron a invadir a su país vecino. Preocupado, el rey Gervasio, hizo una reunión para explicarle al pueblo lo que pasaba y pedirles que lo ayuden.

—Hagamos armas —contestó un ingeniero.

—No podemos matarlos —replicó Gervasio—, no piensan bien porque no van a la escuela, pero son buenas personas, que se han dejado convencer por su malvado rey.

—Regalémosle comida —propuso un poeta—, podemos hacer un ayuno intermitente y ganar energía.

—Juntos podemos cocinar cientos de milanesas —dijo una señora—, o fideos con albóndigas, o ensaladas de frutas.

—Perfecto —dijo el rey, me reuniré con Tartufo y firmaré la paz.

Al día siguiente, el rey Gervasio montado en su pony llevó un enorme carro repleto de milanesas, frutas y verduras, a su vecino monarca.

—Tenga estas comidas, gran rey Tartufo —dijo, haciendo una reverencia— para que su pueblo pueda pasar la crisis y dejar de hacer la guerra.



Tartufo lo miró con rabia, sentía una profunda envidia por el rey al que todo le salía bien, quería asesinarlo, y tramó un plan malvado.

—Lo aceptaré, pero si promete traerme a mí sus mejores postres. Quiero tortas de todos los sabores, para poner en mi mesa.

Al rey Gervasio no le gustó la idea, pero quiso firmar la paz, así que aceptó y se fue escoltado por un batallón de militares.

—¡Qué buen trato que ha hecho! —felicitó el consejero— Ahora podrá repartir las milanesas entre el pueblo.

—¡Jajaja! —rio Tartufo, a carcajadas, mientras englutía un pastel de chocolate—. ¡Jajaja! Qué tonterías dices. Me quedaré la comida para mí y solo repartiré un poco de pan para mis esclavos personales. Los que quieran milanesas, deberán besarme los pies.



El consejero se mostró sorprendido de lo malvado que era su rey y puso una cara de desaprobación.

—Bueno, bueno —dijo el rey— tu puedes comer una porción de mi torta siquieres —contestó, y salió al balcón a dar su discurso:

“Estimado pueblo de Dexonia, hemos ganado la guerra. Somos los mejores. Pero el tacaño del rey Gervasio apenas si trajo un par de milanesas. Debemos ser fuertes, porque esta guerra ha debilitado mucho a nuestro ejército. Tenemos que resistir la crisis que Wittrocknia nos ha

generado. Ellos son los malos, y nosotros los buenos".

El rey Tartufo miró a su consejero con una sonrisa socarrona, y le dijo al oído:

—No te preocupes, no leen y son tontos, me creerán lo que les diga.

Pero el pueblo no lo aplaudió sino empezó a abuchearlo, porque lo vieron que estaba comiendo torta de chocolate.

Afortunadamente, su consejero arrojó unas frutas a la muchedumbre que se abalanzó contenta sobre la comida.



—Estas delicias son para que vean que soy muy generoso —expresó el rey, pero cuando volvió del balcón retó a su consejero—. No les des frutas, retonto, dale fideos, así pensarán menos.

Los días pasaron y pronto el rey tenía cientos de lacayos que le besaban los pies para tener un plato de comida. “Tortafritas para todos”, era el mensaje del rey, que siempre prometía mucha comida pero no daba nada. Los que no trabajaban para el rey, seguían hartos de comer bananas, así que decidieron mudarse a Wittrocknia. Por eso el rey pronto se quedó sin nadie a quien cobrarle impuestos. Preocupado llamó a su consejero.

—Necesitamos hacer otra guerra contra Gervasio. Exijámosle más comida.

—No creo que quieran darnos más —contestó su ayudante—, pero tengo un plan mejor.

—¿Tú? Un plan ¿Y desde cuándo piensas?

—Estuve leyendo...

—¡Jajaja! —rio a carcajadas el Monarca— tu no piensas.



Pero me has dado una idea. Ya sé cómo destruirlos —dijo—. Les regalaremos un chirimbolito.

—¿Un qué?

—Un chirimbolito. Debe ser lindo y divertido. Chiquito para que todos tengan uno. Con muchas imágenes y musiquitas. Podemos ponerle cascabeles, cintas de colores, lentejuelas y chistes, para que se rían mucho —dijo, y ordenó—: Aquí tienes el plano. Construye miles y repártelo gratis por toda Wittrocknia.

Y así se hizo. Al principio, el rey Gervasio que era muy confianzudo estuvo contento con el regalo. Pasaba horas jugando con el chirimbolito, que era muy gracioso, y hacía sonidos raros. Todo el mundo disfrutaba de su chirimbolito. Algunos le ponían fundas, y otros los bautizaban con nombres. Tanto furor hizo el nuevo invento, que pronto en Wittrocknia nadie quería leer libros. Las bibliotecas estaban desiertas, los ingenieros abandonaron sus trabajos, las huertas se secaban, era un verdadero desastre.

—Ahora podemos invadirlos —dijo el rey Tartufo mientras degustaba una pasta frola—, están tan distraídos con el chirimbolito que no notarán que nuestro ejército avanza.

—Usted es malvado, mi amo.

—Gracias —contestó—. Pero no te compartiré mi pasta frola. ¡Qué esperas para marchar el ejército!!

Pronto Dexonia invadió Wittrocknia. Los tomaron por sorpresa y llegaron pronto al viejo castillo de Gervasio, que como ni murallas tenía, lograron invadirlo rápidamente. Lo atraparon y lo encadenaron en una fría celda. El rey pobre tenía mucho miedo por su vida, pero más por el destino de su pueblo.



—Qué feo palacio tienes. No hay ni una mísera factura aquí.

El malvado rey Tartufo se asomó al balcón y con voz fuerte y decidida dijo:

“Estimado pueblo de Witrocknia, los hemos liberado del rey Gervasio. Ahora dependerán de mí, que tengo un castillo más lindo. Mañana ejecutaremos al traidor de su rey. Ahora todos podrán tener derechos sociales. Yo los cuidaré, y les regalaré comida”.

Como nadie le aplaudió, enojado, mandó a traer al rey Gervasio.

—¡Tráiganlo! ¡Le cortaré la cabeza! —gritó, como loco.

—Pero ya no tendrá a quien echarle la culpa.

—No me importa. Inventaré más mentiras... o le echaré la culpa a usted.

Al anochecer, llevaron a la plaza al rey capturado. Un verdugo lo esperaba junto a la guillotina. No había mucha gente, porque todos estaban jugando con el chirimbolito. Gervasio estaba muy triste, su pueblo lo había olvidado.

—Me has derrotado, con ese chirimbolito — expresó.

—Por supuesto, soy el más malvado —contestó mientras devoraba una torta de queso— ¿Quieres decir unas palabras antes de morir? — preguntó sonriente.

—No quiero decirlas —contestó Gervasio—, quiero escribirlas.

Le dieron una pluma y papel,
y el rey pobre empezó a
escribir un cuento que
decía así:



“Había una vez un rey pobre, con un palacio viejo y sin ventanas, que vivía en una colina chata con vista a un pantano maloliente. Tan pobre era el rey que debía servirle a sus sirvientes para poder pagarles la renta...”

Y así fue como escribió esta historia, con triste final, y al terminarlo, su verdugo le rebano el pescuezo.

El consejero, atento, revisó la nota. Descubrió que el cuento era muy peligroso, porque podía alertar a la población y hacerla pensar. Alarmado, le avisó a su monarca.

—No te preocupes —contestó el rey Tartufo—, la gente ya no lee.

Fin.



Colabore con el autor

Su ayuda me impulsa a seguir escribiendo



Todo suma

Me hace saber que hay alguien del otro lado de la pantalla. Su colaboración es como el café que me mantiene despierto.

\$AR 100



Invite la pizza

Su aporte me da la energía que necesito para continuar mi trabajo. ¡Gracias!

\$AR 250

Al elegir la opción su navegador lo llevará a
MERCADOPAGO

www.andruya.com